

2 PENSAR A DIOS: IMAGEN Y RELACIÓN CON DIOS EN LA POESÍA DE NICANOR PARRA Y GABRIELA MISTRAL

DOI: 10.22199/S07198175.2014.0001.00002

LIC. Lea Klopfer

LIC. Víctor Lagos Bascuñán

Recibido el 7 de enero 2013. Aceptado el 20 de marzo de 2014.

RESUMEN

Esta nota presenta un análisis comparativo entre la poesía de Nicanor Parra y Gabriela Mistral, centrado en las diversas experiencias, imágenes y actitudes ante Dios que asumen sus respectivos hablantes poéticos. A partir de una selección de poemas de cada uno, entonces, se intentará elaborar una respuesta a la pregunta por estas concepciones de lo divino que entendemos como propias de los nuevos espacios de cuestionamiento surgidos durante el siglo XX.

Palabras clave: Gabriela Mistral, Nicanor Parra, idea de Dios, cuestionamientos sobre lo divino, experiencia religiosa.

THINKING OF GOD: IMAGE OF AND RELATION TO GOD IN THE POETRY OF NICANOR PARRA AND GABRIELA MISTRAL

ABSTRACT

This paper deals with a comparative analysis between Nicanor Parra's and Gabriela Mistral's poetry, focusing on the diverse experiences, images, and attitudes toward God that these poetic speakers assume. Starting from a selection of their poems, an answer will be intended to respond the question about their conception of the divine that we understand as characteristic of the new questioning spaces emerging during the 20th century.

Key words: Gabriela Mistral, Nicanor Parra, idea of God, questionings about the divine, religious experience.

El siglo XX incluyó entre sus cambios el surgimiento de nuevas posibilidades para tratar las preguntas por Dios y su relación con el ser humano, permitiendo en su contexto una discusión abierta sobre la existencia y el carácter o la naturaleza de Dios. Así, emergen reflexiones amplias que cuestionan imágenes dogmáticas tradicionales y experiencias religiosas. Esa nueva discusión sobre lo divino, y las distintas y nuevas formas de pensarlo, también se reflejan en la literatura de la época: se retoman aquellas diversas ideas y pensamientos, superándolos o confirmándolos, pero de cualquier manera enriqueciéndolos a través de reflexiones, preguntas y experiencias propias. Entre los poetas de la centuria, tanto Nicanor Parra como Gabriela Mistral destacan por una obra que marcó la poesía de su tiempo en forma profunda, y que sigue constituyendo un referente primordial. Para este trabajo, que pretende ser una nota o clave de lectura de una selección de los autores mencionados, serán de especial interés aquellos elementos que, desde la poética de cada uno, permiten una significativa confrontación de temáticas relativas a Dios y sus nuevos espacios de significado abiertos ahora a la discusión y el cuestionamiento.

El objetivo de este trabajo es la realización de un análisis comparativo entre la poesía de Gabriela Mistral y Nicanor Parra, en torno a la figura de Dios como temática compartida que, sin embargo, muestra representaciones distintas en cada uno. Tanto la imagen de Dios como la relación del hablante –la voz en los poemas– con él, difieren en la poética de Mistral y de Parra, mientras que, por otra parte, tienen elementos de contacto, por lo que cabe preguntarse cuáles son estas diferencias y similitudes y qué podrían significar si se tiene en cuenta el contexto histórico en que están situadas. Se propone que, versando sobre imágenes similares, Parra y Mistral elaboran y ensayan respuestas al problema de Dios en el siglo XX, incorporando la diversidad de posiciones y reflexiones de lo trascendente

y dando cuenta, en ambos casos, de un profundo involucramiento con los nuevos problemas a superar a este respecto.

Este análisis comprende los poemas “El Dios triste”, “Credo” y “Nocturno”, del libro *Desolación* (1922) de Mistral, y “Padre Nuestro”, de *La camisa de fuerza* (1968) y “Que Dios nos libre de los comerciantes”, de *Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui* (1977) de Parra. A continuación, será presentado el desarrollo correspondiente a cada autor en conjunto con la revisión de las bibliografías críticas pertinentes. El análisis abordará los poemas escogidos para desprender de estos una interpretación a considerar posteriormente, según las preguntas aquí planteadas. Se intentará dar una visión de la diversidad de posturas y reflexiones que tienen el sujeto o los hablantes de los respectivos poetas sobre Dios, por lo que se eligen poemas que reflejan distintas experiencias, imágenes y actitudes ante Dios. Se utilizarán con este propósito fragmentos de las obras consideradas, que serán debidamente citados según los versos a los que correspondan. Se incluye un anexo con los poemas completos al final del desarrollo de este trabajo.

1.- Gabriela Mistral – búsqueda de relación

Gabriela Mistral muestra en su obra una reflexión, una confrontación amplia con Dios, con la experiencia religiosa y con el sentimiento religioso: la poesía de Mistral aspira un espíritu religioso profundo y aunque el sentimiento religioso va cambiando, variando, su poesía sigue siendo una continua búsqueda de Dios y de un Dios compasivo. En muchos de sus poemas se encuentran referencias al destino y a la vida de Jesucristo, lo cual es identificado con el destino y la situación de sufrimiento del hablante, y también a Dios Padre, cuya imagen muchas veces también incluye características maternas de tal modo que en él se unen lo femenino¹ y lo masculino². Como la Biblia se encuentra entre las obras que –según la misma poeta– influenciaron e inspiraron su poesía³, la confrontación con la cuestión de Dios, con la relación hacia él y la fe, forman tópicos funda-

¹ Guzmán, J.; *Gabriela Mistral: “Por hambre de su carne”*, p. 57ss.

² Guzmán, J.; *Gabriela Mistral: “Por hambre...”*, p. 67ss.

³ Espinosa, Aurelio M.; *Gabriela Mistral*, p. 7s., Vargas Sandoval, P.; *Sentimientos religiosos en Desolación.*, s. p.

mentales de su escritura que marcan profundamente su poetizar. Junto con algunos elementos de y referencias a la teosofía y al budismo, tal como a creencias judías, en sus reflexiones se encuentran, sobre todo, reflexiones cristianas. Aquellas marcan, en especial, a su obra “Desolación” (1922), que se dedica a temas trascendentes y ontológicos y en la cual están incluidos todos los poemas aquí tratados, en los que dominan los dogmas, ideas y el espíritu del cristianismo⁴. En esta obra, Dios es nombrado de diferentes maneras, expresado a través de imágenes distintas, lo que revela una continua confrontación y re pensamiento del hablante mistraliano con Dios. Las siguientes interpretaciones de tres poemas contenidos en “Desolación” buscan mostrar las diferentes imágenes de Dios que se expresan a través de las experiencias y reflexiones del sujeto poético.

Uno de esos poemas que da testimonio de una fe, certeza y confianza íntima en Dios, es “Credo”. En aquel, el hablante toma conciencia personal, confirma y explica su creencia dibujando y definiendo una imagen de Dios en la que pone todo de su existencia, su vida. Repitiendo la frase “Creo en mi corazón” (versos 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25) –lo cual otorga a este órgano un carácter mediador, un carácter de oración a esa confesión de fe– confirma su creencia en un principio divino, que conecta con el infinito y la plenitud de sentido: “Creo en mi corazón siempre vertido/ pero nunca vaciado” (vv. 23s.). La fe del hablante es aquella en un Dios que es fuente de vida plena, de felicidad y de sentido; en un Dios que está a merced del hombre, que bendice la vida, que lo llena con amor. Este es un Dios que coincide entonces con lo planteado por Jorge Guzmán, en tanto que conlleva funciones maternas⁵, y que está identificado como un dador de infinito, que completa cualquier carencia humana. Dios, por ende, no es solamente el Todopoderoso, el “Dios terrible y fuerte” (v. 28), el Dios masculino, sino a la vez un Dios humilde, que entra en una relación cercana e íntima con el hablante; un Dios femenino, un Dios Madre. Esta dimensión de lo divino aparecerá con mayor claridad en “El Dios triste”. Acá, por lo pronto, el hablante se subordina al principio divino, y su actitud hacia lo trascendente está marcada por una gran piedad. Pero esa subordinación no implica una

⁴ Espinosa, Aurelio M.; *Gabriela...*

⁵ Guzmán, J.; *Gabriela Mistral: “Por hambre...”*, p. 57ss.

distancia, todo lo contrario: la relación se revela como comunión, como una relación intensa y personal de gran certeza, certidumbre y confianza, representada por el uso de expresiones como “mi Señor” (“Credo”, v. 2) y “en mi corazón” (“Credo”, vv. 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25). El corazón, siendo el centro de la propia existencia, de la propia vida, expresa que la fe que está explicitada por el hablante y que se cree “en mi corazón”, es una fe que forma el fondo último, la base de su existencia; al mismo tiempo se muestra el corazón como la fuente misma de la fe, en paralelo con los místicos españoles⁶. Esta relación conlleva incluso la trasposición de características divinas a lo humano, por medio de una homologación con la figura de Dios que, tal como el hablante, alberga en su pecho al corazón humano:

Creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho del Dios terrible y fuerte (vv. 27s.)

El Dios del hablante se muestra entonces como Dios del cristianismo, reuniendo las características del creador, del Dios fuerte, infinito, fecundo, pero a la vez caracterizado como fuente de sentido, de amor que está disponible para el hombre. Esto se refuerza con la ambigüedad de la adjetivación en el último verso, en donde tanto el corazón reclinado del hablante como la divinidad en cuyo pecho éste se reclina pueden ser lo que se caracteriza, finalmente, como “terrible y fuerte”.

Esa imagen de Dios se ve cambiada en “El Dios triste”. Se trata, por supuesto, de énfasis y no de imágenes totalizantes, puesto que sin duda ambas subsisten en la idea mistraliana de lo divino. Mientras en “Credo”, entonces, se enfatizan los rasgos del Dios caracterizado por elementos de fuerza, de poder, de vida, “El Dios triste” se centra más en un Dios de debilidad, un Dios herido, “triste, lleno de desaliento” (v. 8). Lo que en “Credo” incorpora la fuente de vida y de felicidad, está marcado ahora por la disminución de esas características; se muestra como alguien “sin ador y sin canto” (“El Dios triste”, v. 7). En el sujeto hay un cambio de conciencia respecto a Dios y a la imagen de él:

⁶ Espinosa, Aurelio M.; *Gabriela...*, p. 11.

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
 Señor, al que cantara de locura embriagada,
 no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
 tiene la mano laxa, la mejilla cansada. (vv. 9-12)

Aparece la intuición de que tal vez Dios no sea un consuelo frente al dolor de la existencia. Entonces, es diferente de lo que se pensaba antes; se niega al Dios poderoso y de la vida renovada que se encontraba en él en la imagen de “Credo” y se vuelve hacia una imagen distinta de Dios, que lo ve tocado por una mortalidad, vulnerable, hasta débil. El hablante se distancia de la imagen anterior, expresada por el carácter anónimo de “Aquel tremendo y fuerte” (“El Dios triste”, v. 9), que se contrapone a la expresión “mi Señor” en “Credo” (v. 2), reconociendo que aunque Dios sigue siendo inmenso se encuentra “doliente”, “herido” (“El Dios triste”, vv. 17, 20). Dios es un dios sufriente y vulnerable, pero aún no totalmente disminuido. Llamar, nombrar a ese Dios doliente “mi Padre” (“El Dios triste”, v. 11) en contraste con “Señor” (“El Dios triste”, v. 10) no significa, como constata Guzmán en su interpretación, una degradación de Dios por parte del sujeto⁷, sino que muestra la conexión con ese Dios a pesar de su debilidad: es ese Dios doliente, sufriente y herido que es el Dios del hablante, es ese Dios con el cual inicia y mantiene una relación intensa.

La relación del sujeto con ese Dios, por ende, sigue siendo personal e íntima –se siente, se conoce a Dios hasta llegar al centro de su ser, a su corazón–, pero con un carácter distinto a lo de “Credo”, marcado de compasión, empatía, tristeza y veneración. Existe una compenetración con lo divino pero que opera en un sentido contrario al de “Credo”, en donde se reforzaba la imagen del Dios de fuerza: ahora se proyecta a éste la debilidad. Esto ocurre, por ejemplo, con el hablante del poema como sujeto que va por una “alameda de otoño lacerada” (“El Dios triste”, v.1), es decir, un trayecto lineal, como la vida, cuya laceración puede identificarse con lo temporal. Sujeto, entonces, como sujeto al tiempo y, además, marcado por la búsqueda de Dios, a quien traspone esta temporalidad, esta laceración. Dios entonces

⁷ Guzmán, J.; *Gabriela Mistral: “Por hambre...”*, p. 68.

sigue siendo divino, pero es una divinidad que no está lejana al sufrimiento, que se deja conmover y que conmueve al hablante, que es triste y débil.

Sin embargo, la cercanía a Dios, esa relación íntima y personal se ve dañada de una manera grave en “Nocturno”, poema en el cual tiene lugar una experiencia distinta: se interpela, se invoca a un Dios que parece ausente, lejano, oculto (aunque cuya existencia no se duda). El sujeto sigue llamando, pidiendo, rezando en un diálogo perdido, en el que no se experimenta ninguna reacción, ninguna respuesta. En la experiencia del sufrimiento, del dolor que lleva al sujeto al deseo de morir, se carece de la fuerza antes vivida en esa relación con Dios; el sujeto se siente abandonado por Dios, buscándolo desesperadamente y expresando un gran anhelo de continuar la relación de comunión con él. En su experiencia del abandono en su dolor, el hablante se homologa con la figura de Cristo como hijo de Dios que va a perder la vida y que también se encuentra ante el gran silencio y ausencia en el momento del sufrimiento; apropiándose de las palabras de Jesús en la cruz se establece una conexión del propio padecimiento con lo propio del Hijo de Dios en la cruz⁸. Eso se ve reforzado por la invocación de Dios como padre, lo que a la vez muestra que el sujeto sigue buscando mantener la relación cercana, que también significa un vínculo de devoción, aunque marcada por alguna incertidumbre, cuestionando el actuar de Dios y reclamando una reacción por parte de él ante su sufrimiento vivido. El sujeto necesita, anhela, exige existencialmente verse confirmado por Dios, pero como Dios sigue pareciendo, a pesar de todas las invocaciones, indiferente y ajeno, el sujeto se muestra perdido dentro de sus propias súplicas; no existe un fin, no existe ninguna perspectiva de redención o liberación del dolor. Eso se ve reforzado por el carácter cíclico del poema, que retoma los versos del principio para terminar:

Y perdida en la noche, levanto
 el clamor aprendido de Ti:
 ¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
 por qué te has olvidado de mí! (vv. 35-38)

⁸ Vargas Sandoval, P.; *Sentimientos religiosos...*, s. p.

La estrofa retoma y expresa la idea de que la situación de desesperación y de abandono por parte de Dios no tiene salida. Al mismo tiempo, se expresa en estos últimos versos un doble sentido: “el clamor aprendido de ti” (“Nocturno”, v. 36) hace referencia, por una parte, al Padrenuestro como oración que enseñó Jesús, que es una oración entonces recibida de Dios hombre, pero que, por otra parte, es caracterizado como un clamor, derivado de la ausencia de ese padre. Entonces, Dios se experimenta como la ausencia, como el silencio ante el propio sufrimiento, en contraste con el Dios poderoso, de bondad y de vida en “Credo” y con el Dios descrito en “El Dios triste” que aun siendo débil se hace accesible y experimentable.

2.- Nicanor Parra – la duda burlesca

José Miguel Ibáñez Langlois se ocupa de definir el concepto de antipoema antes de desarrollar los procedimientos que permiten esta originalidad en Parra⁹. Esto ya es un indicador de la importancia del autor y lo que lo constituye como referente para la poesía del siglo XX chileno e hispanoamericano. En efecto, el antipoema es entendido como “una recuperación –por la palabra– de la realidad perdida en las palabras”¹⁰. Este concepto, ante una religiosidad ahora más ampliamente cuestionable, sugiere una idea sobre lo que la poesía de Parra tiene para ofrecer a los nuevos espacios de reflexión ante lo religioso. ¿Cómo entender, entonces, la “responsabilidad” del hombre como el “inocente culpable” que Ibáñez señalará más adelante como el núcleo existencialista de la poética parriana?¹¹.

Si se toma en cuenta el poema titulado “Padre Nuestro”, desde un comienzo se hace perceptible un cambio en el tratamiento de lo religioso y, particularmente, de la imagen de Dios. En estos versos hay una interpelación de parte del hablante al “Padre”, que se anuncia mediante la imitación de la oración tradicional: “Padre nuestro que estás en el cielo” (v. 1), y presenta inmediatamente después a un Dios sufriente, “lleno de toda clase

⁹ Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer a Parra.*, p. 15.

¹⁰ Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer...*, p. 24.

¹¹ Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer...*, p. 53.

de problemas" (v. 2). Esta contraposición, por lo demás, insinúa una desdivinización manifiesta, es decir que al enfrentarse la imagen divina con una caracterización problemática se hace evidente una pérdida del carácter divino o todopoderoso. Según lo que la voz del poema refiere, Dios se encuentra afectado por el mal y es vulnerable como si fuera "un hombre vulgar y corriente" (v. 4). Tanto así, que incluso se vería afectado por la existencia de las personas, de ahí el "no pienses más en nosotros" (v. 5). Es un Dios falible, que fracasa y que además está ciego ante la realidad: "tienes que darte cuenta" (v. 16). Se opone a la imagen de la tradición cristiana, oscilando además entre la universalidad del "Padre Nuestro" y la particularidad de ser uno entre todos "los dioses" (v. 17).

Ahora, si bien la idea de Dios como disminuido parece tener ecos de lo visto en Mistral y su "Dios triste", algo separa de éste al sujeto poético en Parra. Esto es la relación que tiene el hablante con el objeto del poema, y que en este caso está manifestada por una poderosa ambigüedad: una empatía irónica con el Dios interpelado; compasión, pero a la vez burla.

Sabemos que el Demonio no te deja tranquilo
Desconstruyendo lo que tú construyes.

El se ríe de ti
Pero nosotros lloramos contigo:
No te preocupes de sus risas diabólicas (vv. 8-12).

Si se cree en la actitud compasiva del hablante, es posible volver a encontrar la piedad del sujeto mistraliano; hay de nuevo un Dios herido y cercano a quien lo tematiza. Sin embargo, si quien habla no es honesto, la burla aparece clara puesto que él mismo ha declarado que es el "Demonio" el que se ríe de Dios y, por lo tanto, sus palabras están insinuando sarcásticamente esa identidad. De esta manera, mientras se acusa a sí mismo, el hablante se distancia de lo que dice y evita con ello las consecuencias de identificarse con el mal. Tal como Ibáñez señala: "la ironía desmitificadora interpone una distancia burlesca entre el poeta y sus emociones, entre el poeta y sus medios expresivos"¹². En este poema, por tanto, la ironía es el

¹² Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer...*, p. 28.

mecanismo que permite al hablante decir una y otra cosa sin que se lo pueda asociar con o acusar de ninguna en forma definitiva. Pero también, esta ironía conecta con el existencialismo que Ibáñez apunta detrás de las apariciones de esta “lógica de caracteres esquizoides: ese parecer que dirá algo y el no decirlo nunca”¹³, puesto que no se trata solamente de la burla sino de tomar una distancia irónica de las distintas posibilidades de resolución.

Un segundo poema en este análisis es “Que Dios nos libre de los comerciantes...”, incluido como el número XLIX en el poemario “Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui” (1977). El texto parece desarrollarse en torno a una oposición entre la imagen de Dios y el egoísmo humano, oscilando entre la confianza y desconfianza hacia la primera y rechazando en todo momento al segundo:

si todavía tiene poder el Señor
 que nos libre de todos esos demonios
 y que también nos libre de nosotros mismos
 en cada uno de nosotros hay
 una alimaña que nos chupa la médula (vv. 10-14)

Se introduce ya el cuestionamiento sobre el poder de Dios, de carácter supuesto, si es que existe “todavía” (implicando, sin embargo, que alguna vez lo tuvo). El hablante asume aquí una voz provocadora, acusadora, crítica de la sociedad y los comportamientos humanos, así como de la idea de Dios. La imagen de éste es la de uno que alguna vez fue, sin dudas, pero que ahora parece ausente y permite que se ponga en duda su existencia. Tal como en “Nocturno” de Gabriela Mistral, Dios parece haberse olvidado de las personas y dejado sus vidas a merced de lo que parece ser su mayor mal, esto es, el egoísmo, en tanto que las enumeraciones del hablante lo sitúan como causa común de diferentes problemas:

Que Dios nos libre de los comerciantes
 sólo buscan el lucro personal

¹³ Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer...*, p. 54.

que nos libre de Romeo y Julieta
sólo buscan la dicha personal

líbrenos de poetas y prosistas
que sólo buscan fama personal

líbrenos de los Héroes de Iquique
líbrenos de los Padres de la Patria
no queremos estatuas personales (vv. 1-9)

Si en el poema anterior de Parra la interpelación a Dios era directa y se expresaba en segunda persona, aquí parece que sólo se habla de Dios en tercera. Sin embargo, el “líbrenos” (vv. 5, 7s.) encierra una ambigüedad enormemente significativa si se considera que la existencia de Dios no está negada sino solamente puesta en duda. En efecto, la forma verbal “líbrenos” puede connotar tanto una tercera como una segunda persona. No sólo eso, la segunda persona aquí sería propia del “usted” y, por lo tanto, implica una posición de subordinación o de mucho respeto (o ambas). De este modo, y dependiendo de lo que a fin de cuentas Dios resulte ser en una dimensión externa al contenido del poema, el uso de esta palabra puede llenarse con uno u otro significado según la existencia o inexistencia de Dios, o quedarse infinitamente en esa ambigüedad como, al final, sugiere la interpretación de este poema. En último término, no hay último término sino infinita indeterminación. Dios puede existir o no, pero esa resolución, por más que es demandada por el hablante, nunca se realiza y ésta parece ser la palabra definitiva. Por tanto, si bien comparte con “Nocturno” la idea del abandono de parte de Dios, Parra parece rebelarse y, en lugar de suplicar que aparezca, lo provoca poniendo en duda su divinidad:

Dios nos libre de todos estos demonios
si todavía sigue siendo Dios (vv. 19s.)

Cabe agregar que la actitud desafiante de las voces en Parra recuerda a la que el demonio adopta en el episodio de las tentaciones de Jesús en el desierto (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13). Esto podría confirmar la sugerencia de esa identificación hablante-demonio, señalada aquí para el poema “Padre Nuestro”.

3.- Parra y Mistral – diversidad de pensamiento y posicionamiento ante Dios

La certeza en Dios, la fe del sujeto mistraliano, nunca se cuestiona; su existencia es indudable. Pero lo que sí cambia, lo que sí se cuestiona, es la imagen y la experiencia de éste. Parra, en cambio, pareciera que se rebela, que falta incluso el respeto a Dios con sus burlas, cuestionamientos y su manera no convencional de hablarle con un ánimo a veces provocador y hasta insinuando una venganza a través de la burla. Pero, aunque la cuestiona, nunca deja de respetar su existencia; el sujeto de Parra juega con la duda. Su postura puede ser descrita como agnóstica, y no atea, aun cuando “en el fondo de su ridiculez guarda misteriosamente algo de absoluto”¹⁴; la suya es una apuesta absoluta por la condición humana, sin que ello implique una completa negación de lo divino. Busca quizás emanciparse, despojarse del problema de la existencia de Dios, separándose así de la actitud mistraliana que necesita sustancialmente de esa relación. Movimiento de independizarse en Parra, mientras el hablante de Mistral busca mantenerse en esa relación con Dios, que puede tomar formas desesperadas.

Lo que se observa es, entonces, una diversificación de la experiencia de lo divino y un cuestionamiento de las imágenes antes establecidas por la teología cristiana. Esto explicaría las distintas imágenes de Dios y actitudes ante éste en la poesía de Mistral y Parra, como búsquedas y ensayos de una nueva relación con lo religioso en la creciente apertura a su problematización. Estos ensayos poéticos de conceptualización o cuestionamiento de la fe dan cuenta de una creciente individualización de las imágenes de Dios y la religiosidad, y de sujetos cuya apropiación de lo religioso tiene cada vez más como condición necesaria el empleo de filtros críticos e interpretativos propios y no impuestos por la tradición. Se trata, en consecuencia, de una actitud crítica ante la valoración de la propia existencia y sus posibles fundamentos.

Tal vez sea posible la proyección a una interpretación histórica, sobre los acontecimientos que reclaman durante todo el siglo XX un cuestiona-

¹⁴ Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer...*, p. 58.

miento de las interpretaciones de la teología tradicional. Sobre todo, en la manera en que el sujeto mistraliano piensa a Dios se encuentran ideas que también la teología de ese siglo subraya: la idea de un Dios sufriente y la negación de un Dios todopoderoso es destacado por autores tanto de la teología judía como de la cristiana, después del acontecimiento de Auschwitz. Entre estos autores vale mencionar al filósofo Hans Jonas, como representante de pensadores judíos, y Johann Baptist Metz, como teólogo cristiano. Por otro lado, la teología feminista que también forma una de las corrientes de la teología cristiana de ese siglo, subraya e insiste en el carácter femenino de lo divino, una idea que también muestra la poesía de Mistral.

ANEXO

Gabriela Mistral:

“Credo”

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado:
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
recién nacido.

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,

y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.
Creo en mi corazón siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

“El Dios triste”

Mirando la alameda de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de locura embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza.

Su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
«Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso, ¡inmenso!, pero te hallas herido».

“Nocturno”

¡Padre nuestro, que estás en los cielos!
¿Por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo
y lo diste al lagar carmesí,
y aventaste las hojas del álamo
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando, vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado amarillos mis párpados
por no ver más enero ni abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has querido la nube de otoño
y quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla,
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di.

Y en mi noche del Huerto me han sido
Juan cobarde y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin;
el cansancio del día que muere,
y del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas, pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de ti:
¡Padre nuestro, que estás en los cielos!
¿Por qué te has olvidado de mí?

Nicanor Parra

"Padre Nuestro"

Padre nuestro que estás en el cielo
Lleno de toda clase de problemas
Con el ceño fruncido
Como si fueras un hombre vulgar y corriente
No pienses más en nosotros.

Comprendemos que sufres
Porque no puedes arreglar las cosas.
Sabemos que el Demonio no te deja tranquilo
Desconstruyendo lo que tú construyes.

El se ríe de ti
Pero nosotros lloramos contigo:
No te preocupes de sus risas diabólicas.

Padre nuestro que estás donde estás
Rodeado de ángeles desleales

Sinceramente: no sufras más por nosotros
Tienes que darte cuenta
De que los dioses no son infalibles
Y que nosotros perdonamos todo.

“XLIX”

Que Dios nos libre de los comerciantes
sólo buscan el lucro personal
que nos libre de Romeo y Julieta
sólo buscan la dicha personal
líbrenos de poetas y prosistas
que sólo buscan fama personal
líbrenos de los Héroes de Iquique
líbrenos de los Padres de la Patria
no queremos estatuas personales
si todavía tiene poder el Señor
que nos libre de todos esos demonios
y que también nos libre de nosotros mismos
en cada uno de nosotros hay
una alimaña que nos chupa la médula
un comerciante ávido de lucro
un Romeo demente que sólo sueña con poseer a Julieta
un héroe teatral
en convivencia con su propia estatua
Dios nos libre de todos estos demonios
si todavía sigue siendo Dios

Lea Klopfer Facultad de Teología Católica y Facultad de Filosofía (Deutsches Seminar), Eberhard-Karls-Universität Tübingen lea.klopfer@student.uni-tuebingen.de

Víctor Lagos Bascuñán College Pontificia Universidad Católica de Chile
valagos@uc.cl

Bibliografía

- Espinosa, Aurelio M.; *Gabriela Mistral*. En *The Americas*, Vol. 8, No. 1. Academy of American Franciscan History. Jul., 1951. 3-40. En: <http://www.jstor.org/stable/978023> [consultado el 22 de noviembre de 2013].
- Guzmán, J.; *Gabriela Mistral: "Por hambre de su carne"*. En *Diferencias latinoamericanas*. Santiago, Eds. del Centro de Estudios Humanísticos, 1984. 13-77.
- Ibáñez Langlois, J. M.; *Para leer a Parra*. Santiago, El Mercurio-Aguilar. 2003. 15-58.
- Mistral, G.; *Desolación* [1922]. Santiago, Andrés Bello, 1979.
- Parra, N.; *La camisa de fuerza* [1968]. En Parra, N., *Obra Gruesa*. Santiago, Universitaria, 1969.
- Parra, N.; *Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui* [1977]. Valparaíso, Ganymedes, 1979.
- Vargas Sandoval, P.; *Sentimientos religiosos en Desolación*. En: *Signos*. Valparaíso, 1997, 30 (41-42). 89-99. En: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-09341997000100006&script=sci_arttext [consultado el 22 de noviembre de 2013].